

## LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS EN EL CONTEXTO CONTEMPORANEO

Rino Fisichella, Pbro \*

### Una premisa

El hombre crea signos y vive de los mismos signos. Se recoge aquí la riqueza de su experimentarse a sí mismo como sujeto abierto a la trascendencia, no obstante ser limitado por el tiempo y el espacio. Si en algún lugar de la naturaleza humana es posible ver lo paradójico de la persona, esto se verifica en el *signo*. Se da una infinidad de signos, pero todos están bajo un único horizonte que los hace precisamente, por su naturaleza "signo". Este común denominador está constituido por el "bordear" del significante al significado de manera que se pueda percibir constantemente la realidad que nunca podrá ser plenamente significada por el lenguaje<sup>1</sup>.

Se podría decir, en otras palabras, que asistimos a menudo inconscientemente, al milagro del lenguaje que se cumple en nosotros. No sólo por el hecho de que seamos creadores de lenguaje y que experimentemos ser personas humanas, en el acto de "hablar" y de "decir"<sup>2</sup>, sino sobre todo porque, a través de esto tomamos conciencia de nuestra trascendencia. En el lenguaje, y más directamente en el signo, cada uno viene a cumplir la experiencia de la *gratuidad* del recibir. El lenguaje no nos pertenece; por el contrario, nosotros le pertenecemos a él. Forma

---

\* Profesor de Teología Fundamental en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Italiano.

1. R. FISICHELLA, *La revelación: Evento y credibilidad*, Salamanca, 1989, 191-211.
2. Para esta temática cf. M. HEIDEGGER, *In cammino verso il Linguaggio*, Milano, 1980.

extrema de la paradoja que permite el descubrimiento de una realidad ulterior: nuestra libertad. Estamos, de hecho, constantemente *suspendidos* en el silencio de una elección que hace dramática nuestra condición: ¿quedarse en el silencio o salir de él y hablar? ¿Asistir pasivos al signifiante de la realidad, o más bien expresar la percepción del significado y así comprometerse con él? Situación en la que sólo una auténtica libertad logra dar una respuesta que tenga sentido y que permita dar significado a nuestro hablar.

Estas dimensiones preliminares son necesarias cada vez que nos disponemos a hablar de los signos de los tiempos. En efecto, con esta categoría teológica ya no se está sólo en presencia de un simple signo, sino más bien de *acontecimientos* que, como tales, marcan la historia. Acontecimiento constituye la percepción de momentos tan calificados de la existencia humana, personal y social, que sin ellos no se comprenderían el progreso y la historia. Acontecimiento es lo que indica orientación de la humanidad en su avance hacia formas de existencia que sean siempre más dignas; el acontecimiento, en fin, revela la presencia de una acción que parece superar las normales fuerzas y energías humanas, porque inserta en ellas una potencia que permite formas de autosuperación.

Por tanto, hablar de los signos de los tiempos equivale a ver cuáles experiencias de la época está viviendo la humanidad, y por lo tanto, cuáles objetivos está tratando de alcanzar.

Será necesario, previamente, señalar en las etapas de nuestro discutir al menos tres elementos esenciales: 1) la identidad de los signos de los tiempos; 2) el discernimiento de ellos; 3) la creación de nuevos signos capaces de imprimir nuevos horizontes a nuestro vivir epocal.

## 1. IDENTIDAD DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Signos de los tiempos es una expresión antigua y al mismo tiempo actual.

La *fuerza profética* de Juan XXIII ha impreso a esta expresión toda la fuerza normativa contenida en los evangelios y se la ha devuelto al hombre contemporáneo cargada de sentido y de responsabilidad.

En el documento de indicción del Concilio Vaticano II, el Papa se expresaba así: "Haciendo nuestra la recomendación de Jesús, de saber distinguir los signos de los tiempos, creemos descubrir en medio de tan-

tas tinieblas, numerosas señales que nos infunden esperanza sobre los destinos de la Iglesia y de la humanidad”<sup>3</sup>.

Como puede notarse, aquí los signos de los tiempos parecen hacer referencia a las expresiones que permiten recuperar el contenido de la esperanza, no obstante la presencia del mal, de las “tinieblas” y de los “profetas de desventura”.

Es conocido el texto bíblico al que alude Juan XXIII. La expresión ocurre por primera vez en Mt 16, 3 (Luc 12, 54-56). Más allá de la autenticidad del texto que con mucha probabilidad se resiente de una interpolación posterior, estamos frente a la dialéctica que Jesús opone constantemente a los pedidos de sus interlocutores: la necesidad de ver un signo como prueba de su divinidad. Como ya en 12, 38-39, Jesús remite al “signo de Jonás”, que será el único que haga comprender la realidad de su misterio. Aquí, sin embargo, recurriendo a un simple fenómeno meteorológico, el evangelista parece insertar una explicación ulterior que querría destacar bien sea lo absurdo de la exigencia dirigida a Jesús por los “fariseos y saduceos”, bien la incapacidad de éstos para saber reconocer en él al mesías: “al atardecer decís: “va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego”, y a la mañana: “hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío”. ¿Con que sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos?

De modo que la invitación a discernir las señales de los tiempos se refiere a ser perspicaces, a saber, por tanto, estar en capacidad de mirar en lo profundo, en lo íntimo, la realidad, para poder reconocer así lo esencial.

El Concilio, con el nuevo clima que se venía estableciendo, particularmente en las relaciones Iglesia-mundo, no podía encontrar, en las palabras de Juan XXIII, solidaridad más grande. En repetidas ocasiones, el término retorna en los diversos documentos conciliares<sup>4</sup> hasta encontrar en *Gaudium et Spes* su formulación oficial. Signo de los tiempos puede ser considerado, en este horizonte como uno de los pronunciamientos más originales del Vaticano II en su intento pastoral.

---

3. Documento de indicción del concilio, *Humanae Salutis*, AAS 54 (1962), 5-13.

4. Cf. UR 4; DH 15; PO 9

Entre los muchos textos a que podemos referirnos<sup>5</sup> hay uno que merece mencionarse por la alusión explícita a nuestro tema: "Para cumplir con este encargo, es deber permanente de la Iglesia escrutar los *signos de los tiempos* e interpretarlos a la luz del evangelio, de tal manera que, de un modo adaptado a cada generación, pueda responder a los permanentes interrogantes de los hombres sobre el sentido de la vida presente y de la futura y sobre su relación mutua. Es preciso, por tanto, conocer y comprender el mundo en que vivimos, no menos que sus expectativas, sus aspiraciones y su índole, a veces dramáticas" (G.S. 4).

Aún subrayando la enseñanza de siempre, es fácil comprobar cómo el Concilio, en su magisterio, inserta, sobre todo en la reflexión teológica, algunos principios que son básicos para el cumplimiento de las nuevas relaciones que la Iglesia debe asumir de frente a la historia y a la sociedad, como también en el comportamiento de los hombres en las diversas situaciones socio-culturales.

Las observaciones que siguen pueden ayudar a tener una visión más global de la teología de los signos de los tiempos asumida por el Vaticano II.

1. Es de notar, como primer dato, el cambio de *lenguaje* que revela una perspectiva diferente en la que la Iglesia se sitúa. En efecto, la comunidad cristiana se autocomprende como servidora de la Palabra que le fue confiada y de la que tiene la responsabilidad de ser mediadora en la historia. La Iglesia está, junto con el hombre actual en camino constante y permanente en la búsqueda y adquisición de la verdad plena (Jn 16, 13). Para cada uno, ella se ofrece como compañera en la búsqueda de la voluntad real de Dios y, por lo tanto, del bien de la humanidad. Para los hombres y mujeres de este tiempo que están en búsqueda de Dios, ella ofrece su "compañía de la fe"<sup>6</sup>, sabiendo bien que la acción del Espíritu que la guía, obra y se extiende aún más allá de sus confines institucionales (L.G. 8).
2. Para cumplir la misión recibida de Jesucristo, la Iglesia pide ayuda a los hombres de su tiempo para ser capaz de leer atentamente los fenómenos humanos y las tensiones que se vienen creando en la historia. Es una Iglesia "pobre" la que emerge de esos textos, una Iglesia

5. De modo implícito el concepto se repite en GS 11.44

6. Para esta expresión cf. G. RUGGIERI, *La compagnia della fede*, torino, 1980

que ha perdido toda forma de posible presunción o arrogancia y que es consciente de que la verdad es una búsqueda común y que ella la posee solamente en la perspectiva de la dinámica escatológica. De ahí, por tanto, emerge fuerte la responsabilidad de solidaridad con todos, y la conciencia de un compromiso universal para alcanzar la salvación, por lo cual o nos salvamos juntos o no se corresponde a la misión recibida<sup>7</sup>.

Es una Iglesia que desde la perspectiva de ser *maestra* frente al mundo, recupera la categoría de discípula, sabiendo que uno solo es el maestro, Cristo (Mt 23, 10): "La Iglesia no ignora cuánto haya recibido ella de la historia y del desarrollo del género humano. . . la Iglesia tiene necesidad particular de la ayuda de aquellos que viviendo en el mundo, son expertos en las diversas situaciones y disciplinas y comprenden la mentalidad de aquel, ya se trate de creyentes o no" (G.S. 44). Jamás se habían oído en estos últimos siglos palabras tan claras y explícitas por parte del magisterio frente al mundo y a la ayuda que la comunidad creyente pide a todos, por causa de que ellos pertenecen a la humanidad y gozan de competencia en el ámbito científico. No hay que entrar a demostrar cómo estas palabras distan años luz de las fórmulas de perplejidad y condena del siglo pasado frente al "mundo" y al progreso. De esta manera la Iglesia ha descubierto valientemente un nuevo modo de ubicarse frente a las culturas y a la sociedad. Negarlo equivaldría a olvidar los honrados esfuerzos que se han realizado en tal sentido; olvidarlo, a su vez, significaría traicionar el espíritu del Vaticano II.

3. El asumir los signos de los tiempos obliga a la Iglesia, en su enseñanza, a estar permanentemente atenta a las diversas situaciones de la vida y a las diversas culturas que sostienen los modelos de la sociedad.

El mundo y su historia se modifican y cambian a la vuelta de pocos años; formas de progreso y de técnica se imponen siempre más y la formación llega simultáneamente a pueblos distantes entre sí; sin embargo, el Evangelio debe ser anunciado y comprendido también

---

7. Cf. las significativas publicaciones del CELAM: J.M. CASTRO, *Iglesia y solidaridad*, CELAM, Bogotá, 1988. VARIOS, *Nuevo desarrollo con justicia social*, CELAM, Bogotá, 1990. VARIOS, *Constructores del amor en América Latina*, CELAM, Bogotá, 1991.

en estas situaciones a fin de que a todos llegue el mensaje de salvación.

Los signos de los tiempos pueden entonces orientar hacia una interpretación más universal y global del mensaje salvífico, porque buscan proponer aspiraciones y concretizaciones de ideales que son patrimonio común de la humanidad. De cualquier modo, ellos pertenecen a la pedagogía de la revelación, porque pueden identificarse con aquellos gérmenes de vida, los *logoi spermathikoi* tan queridos a los Padres, que están puestos en el mundo y en el corazón de cada persona, para hacerlos capaces de percibir más fácilmente la acción de Dios, el cual suscita constantemente fuerzas nuevas para la realización plena de la creación.

4. Frente a los signos de los tiempos, la Iglesia está llamada a desarrollar su acción profética, porque se la invita al deber de leer los signos y emitir el juicio de Dios sobre los mismos. Es el camino de la profecía<sup>8</sup> que caracteriza el vivir de la comunidad cristiana, el juicio estará siempre en el horizonte de la salvación por cuanto provienen del centro mismo de la revelación que presenta al crucificado como lugar definitivo de la salvación como expresión suprema del amor del Padre.

Emitiendo este juicio, la comunidad creyente se aleja de los diversos "profetas de desventura" y reconoce finalmente, la bondad de la creación en todas sus expresiones y las conquistas positivas del hombre cuando tienen por finalidad el bien de todos. Ella, por tanto, conduce cada una de estas expresiones al escenario más omnicomprendivo de la palabra de Dios para que puedan ser plenamente iluminadas y encaminadas (G.S. 40-90).

5. En fin, los signos de los tiempos impelen a considerar seriamente el horizonte escatológico, que caracteriza la fe cristiana. Con estos signos, de veras todos, creyentes o no creyentes, entran en relación con un futuro como espacio y tiempo definitivo de la plenitud de sí mismo y de toda la historia humana.

---

8. Para una comprensión de esta categoría teológica remitimos a nuestros artículos: R. FISICHELLA, "La profezia segno di credibilità della Rivelazione", in IDEM (ed) *Gesù Rivelatore*, Casale 1988, 208-226; IDEM, "Profezia", in R. LATOURELLE-R. FISICHELLA (edd.) *Dizionario di teologia fondamentale*, Assisi 1990, 866-878.

Los signos de los tiempos, en consecuencia, representan como etapas necesarias, para aquellos que viven todavía la condición de peregrinos, mediante las cuales es posible vivir con vigilancia y espíritu atento en espera del esposo que debe venir (Mt 25, 1-13). Si la condición de vigilancia es un deber evangélico para la comunidad, es igualmente obligación para el no creyente, porque solamente así puede él ser capaz de percibir el desenvolverse de la historia y de la cultura y, por tanto, estar listo a responder a los interrogantes que eventualmente pudiesen surgir de ella.

## 2. EL DISCERNIMIENTO DE LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Por su naturaleza, el signo presenta formas equívocas. Es la palabra, en este punto, la que interviene para favorecer el paso real al significado y para dar al signo su sentido último. De esta condición no están excluidos ni siquiera los signos de los tiempos. Es necesario, por tanto, que éstos sean conocidos y comprendidos como expresiones del obrar de Dios en la historia humana. Se entra así en el horizonte del discernimiento.

Entendemos por discernimiento una forma peculiar de conocimiento<sup>9</sup>. El conocer personal es de considerar, ante todo, como un acto global que toca primariamente a la totalidad de la persona y no a un aspecto particular de su perfil. Mediante el conocimiento, cada uno entra en relación consigo mismo como ser pensante; con el "otro" de por sí, que le permite una misión proporcionada de sí mismo; con el ambiente, que le garantiza su contextualizarse. En este sentido, es también pensable una forma diferenciada de conocimiento personal: una primera, está orientada al análisis y proviene de la capacidad crítica del sujeto que, mediante aquella, trata de focalizar lo real para verificar la coherencia entre su pensamiento y la realidad; una segunda trata, en cambio, de abrazar la globalidad de la propia existencia y orientarla hacia una forma de síntesis que pueda garantizar la finalización de sí mismo; una tercera, finalmente, tiende a la acción, a la práctica, y busca el conocimiento de lo que es bueno y válido, distinguiéndolo de lo fragmentario y superficial.

---

9. R. FISICHELLA, "Discernimiento", in B. SEVESO (ed.) *Enciclopedia di pastorale*.

El discernimiento pertenece a esta tercera forma de conocimiento porque está ligado a la praxis y a la acción personal y eclesial. Con la primera y segunda, se busca conocer, y por lo tanto escoger, en conformidad al ideal preestablecido; con la tercera, se intenta comprender la acción del Espíritu que mueve la comunidad creyente hacia un conocimiento cada vez más completo del misterio revelado y creando nuevas formas de vida que sean testimonio histórico de la presencia de la fe en el resucitado.

El acto de discernimiento podría, por tanto, ser calificado ante todo como una forma de conocimiento "preformativa"<sup>10</sup> del sujeto. A través de este acto, en efecto, cada uno se compromete a sí mismo en primera persona en la elección que se ejecuta. Aquí ya no se está sólo de frente a la individuación genérica de una posible elección que cumplir; al contrario, se establece la demarcación entre el pensar personal y la elección concreta que viene puesta en acto. Cada cual, discerniendo, cumple una elección que lo cualifica y lo determina insertándolo en aquel horizonte prospectivo que tiende a la realización plena de la persona.

Pensar en el discernimiento de los signos de los tiempos equivale sobre todo a poner ante todo en acto esta "preformatividad" que, por una parte obliga a leer e interpretar el fenómeno, por otra provoca a quedar envuelto y comprometido por él.

Precedentemente, se buscó comprender los signos de los tiempos como acontecimientos que permiten una mirada común entre el creyente y el "otro", el extraño a nuestra fe. Es bueno, por lo tanto, clarificar ahora el papel que ambos juegan en el discernimiento de los signos.

Por *creyente* entendemos aquel que está inserto en la comunidad cristiana y que, en razón de esto, está llamado a leer los signos de los tiempos a la luz de la palabra de Dios (G.S. 11; 44) y a ver en ellos una presencia particular del creador. En virtud de la fe, él será llevado a identificar cada signo con las diversas manifestaciones del amor trinitario de Dios revelado en Cristo. Sin embargo en el poner de relieve y en la lectura de los signos, el creyente estará llamado a recorrer el mismo camino del no creyente y deberá ir en compañía de éste hasta el final;

---

10. Tomamos el término "preformatividad" en el sentido adoptado por J. LADRIERE, *L'articulation du Sens*. II; les Langages de la foi, Paris, 1984.



con todo, estará llamado a dar después otro paso, porque deberá llegar a la interpretación cristológica y eclesial del signo.

Para el "otro", los signos de los tiempos podrán expresar las tensiones, las aspiraciones de los hombres hacia una forma de vida más humana. Sin embargo, si los signos son dados para crear consenso, esto significa que habilitan a cada uno para un compromiso coherente a fin de que la única verdad sobre el hombre y sobre la creación pueda finalmente ver la plenitud de la luz. Obrando en compañía con el creyente, también el "otro" podrá ser provocado a una pregunta ulterior que podrá desembocar en la cuestión sobre Dios y sobre la opción de la fe cristiana.

Es posible, ahora, la presentación de una "criteriología" teológica que permita el discernimiento de los signos de los tiempos.

Puesto que, como se dijo, los signos de los tiempos son ante todo acontecimientos históricos, es necesario que a las ciencias humanas se les confíe primariamente el ponerlos de relieve. Explícitamente en muchas ocasiones y ahora más que nunca, la Iglesia y la enseñanza del magisterio han manifestado su confianza en la ciencia y en los científicos (G.S. 15; 44); a éstos se les pide una individuación preliminar de los fenómenos que crean consenso y que, de por sí, tienden a imprimir en la sociedad formas de vida más humanas. Una vez puestos de relieve los signos, se los interpreta.

Retengamos que, como principio teológico, el intérprete calificado de los signos de los tiempos debe ser la *comunidad creyente*. El Concilio dice que el sujeto de la interpelación es la "iglesia" (G.S. 4), pero inmediatamente hace explícita esta afirmación diciendo "todo el pueblo de Dios", especialmente "los pastores y los teólogos" (G.S. 44). Como puede notarse, se da una interpretación que, por una parte, hace referencia a la comunidad entera, mientras por otra privilegia a los pastores y a los teólogos probablemente por fuerza del ministerio y de la competencia.

Más en conformidad con la descripción de los signos de los tiempos que se ha ofrecido, se podría aplicar aquí para su interpretación, lo que Pablo VI sostenía en la *Octogesima Adveniens* como método de lectura para los fenómenos sociales, en cuanto la más privilegiada es la comunidad particular. En efecto, se lee: "Corresponde a la comunidad cristiana analizar objetivamente las soluciones de su país, esclarecerlas a la luz de

las palabras inmutables del Evangelio, sacar los principios de reflexión, criterios de juicio, directivas de acción" (OA. 3).

En pocas palabras, se encuentran en este texto los principios fundamentales que determinan el modo de colocarse frente a los signos de los tiempos: individuación, lectura, interpretación, juicio, pero en el interior de la comunidad y con la competencia específica de cada uno.

Toda la Iglesia local, por tanto, se hace intérprete de los signos de los tiempos respetando los roles y carismas de cada uno, pero en un camino "en conjunto con toda la humanidad" (G.S. 40) porque con ella forma la única familia de Dios.

Del mismo modo que la comunidad relievaa los signos de los tiempos —que como tales tienen siempre un aspecto positivo, ya que tienden al progreso de la humanidad y a la comprensión de la verdad revelada— deberá igualmente poner de relieve los anti-signos que, a causa del pecado de todos, impiden el verdadero progreso y retardan la acción de liberación global.

El segundo momento que se debe poner en acto es el de la interpretación de los signos. Ya que creyentes y no creyentes están unidos en la individuación, es oportuno que una criteriología hermenéutica no impida esta componente.

En efecto, pensamos que se pueden asumir criterios *generales* en cuanto expresan el intento de condivisión común, y criterios *específicos* que caracterizan la lectura cristológica y eclesial de los creyentes.

Dos criterios pueden tomarse como *generales*: el de la *dignidad humana*, que favorece el reconocimiento de todas las formas que llevan consigo la promoción y la libertad de toda persona. El de la *justicia*, que ha de considerarse como el punto mínimo e indispensable del amor; de hecho, con esta se pone cada uno en la condición de vivir una vida dignamente humana.

Bajo los criterios *específicos* es evidente que el aspecto teológico sea mayormente determinante puesto que toca a la comunidad que, de por sí, ya vive la realidad que anuncia. Pensamos en tres criterios que expresamos con el lenguaje bíblico de:

1. *Glorificar a Cristo* (Jn 16, 14): en efecto, los signos de los tiempos en cuanto irradiación de la gloria del Señor, deben encontrar plena

significación solamente en El. Por lo cual todo signo debe volver a Cristo y tender a su gloria para anunciar en seguida la victoria de su muerte sobre toda forma de injusticia y de pecado. De ahí que los verdaderos signos de los tiempos son reconocibles porque llevan en sí esta dinámica de superación del límite y habilitan para el reconocimiento de la verdadera libertad,

2. *Edificar la Iglesia* (Ef 2, 22): en cuanto la comunidad creyente es mediación de la revelación ella constituye también el signo histórico permanente que cualquiera puede percibir. Los signos de los tiempos deben apremiar a los creyentes a la construcción escatológica de la Iglesia para que a través de las diversas formas de participación en la vida de la humanidad ella se realice en su misión. Si por una parte los signos de los tiempos disponen la humanidad a formas de vida más humanas, por otra deben sostener la Iglesia en su camino hacia el encuentro con el Esposo. La presencia de los diversos carismas y ministerios que son dados para la construcción de la Iglesia encuentra, en este horizonte, su ambiente más vital. En cuanto expresión del amor y del obrar de Dios, los signos de los tiempos son comprendidos como tales, porque se les reconoce como formas que permiten a la Iglesia saber corresponder a las exigencias de la historia con la fuerza del Evangelio
3. *Recapitular todo en Cristo* (Ef 1, 10): Los signos de los tiempos deben orientar a los creyentes a saber mirar permanentemente hacia "los cielos nuevos y la tierra nueva", donde será definitivamente quitada toda forma de muerte. Los verdaderos signos de los tiempos, por tanto, abren a la plenitud de la realización cósmica donde todo, lo creado, la historia y la humanidad en ella, encontrarán su realización. Si los signos de los tiempos debieran detenerse en el solo llamado inmediato o en la sola realización temporal, carecerían por tanto, para los creyentes, de toda su fuerza propulsiva hacia la construcción del futuro.

Si se quisiera, a manera de primera conclusión, recoger los varios datos descritos, con miras a una "definición" de los signos de los tiempos, que ayude a la comprensión del fenómeno, se podría decir que éstos son *acontecimientos históricos que crean consenso universal, por los que el creyente se confirma en la verificación del inmutado dramático obrar de Dios en la historia, y el "otro" se orienta a individualizar opciones siempre más verdaderas, coherentes y fundamentales en favor de una promoción global de la humanidad.*

Esta "definición"<sup>11</sup> busca sintetizar algunas ideas constitutivas para la identificación de los signos de los tiempos. Ante todo se habla de *acontecimientos históricos*; lo que significa que no todos los hechos pueden ser considerados signos de los tiempos, sino solamente aquellos que tienen la característica de ser acontecimientos.

Se dice además que se pide el *consenso universal*; por lo cual estos signos deben ser de algún modo catalizadores. Ellos deben expresar la característica de universalidad; de todas maneras, en efecto, su significado debe ser recibido en su sentido más genuino. Los signos de los tiempos, por tanto, están llamados a expresar el signo progresivo de unidad de los diversos componentes humanos que, prescindiendo del propio análisis de intereses privados, tienden hacia el bien de la humanidad entera.

### 3. PARA UNA MIRADA A LOS NUEVOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Recorriendo de nuevo el Concilio, es posible ver que ya en aquella sede habían sido puestos de relieve algunos fenómenos peculiares que, por sus características, orientaban a atestiguar la presencia de Dios en el mundo y que se asumían como signos de los tiempos. Entre estos se reconocen: la *santidad* personal del creyente que atestigua la novedad del evangelio (L.G. 39-42), las aspiraciones profundas hacia la *libertad religiosa* (DH, 15), el *martirio* como signo supremo del amor y de la coherencia por el ideal de vida (L.G. 42), la tensión hacia *formas de cultura* más humanas y universales (G.S. 53-62), la búsqueda y la dinámica hacia la *paz internacional* (G.S. 77-90). Todos estos signos, en la perspectiva de los padres conciliares, casi intuitivamente remiten hacia Dios y crean consenso universal.

Han recorrido, sin embargo, veinticinco años desde aquella formulación y hoy día asistimos a nuevas y siempre más radicales transformaciones de la Iglesia y de las diversas sociedades, que imponen a cada una atenta relectura de nuestra condición. De ahí que, si de una parte es ver-

---

11. En la "definición" dada se distingue intencionalmente entre la lectura del creyente y la del "otro" bien sea para mejor evidenciar la nota de universalidad de los signos que, en cuanto tales, no deben poseer prejuicio alguno; o bien, favorecer el encuentro con base en la relevancia de los signos antes de cualquier interpretación; en fin, para permitir al creyente desarrollar una verdadera compañía de la fe sin pretensión alguna frente al "otro".

dad que corresponde al creyente la lectura de los signos de los tiempos, esto no quita la capacidad de ser igualmente creador de nuevos signos. En este contexto, más directamente en nuestra situación histórica, es posible ver en el horizonte al menos una consideración mayor de dos tendencias.

#### a. El silencio como signo de los tiempos

Podría parecer paradójico, sin embargo el "silencio" podría ser recuperado como un signo de los tiempos capaz de expresar una tensión de la humanidad hacia formas de vida humanamente más dignas.

Si por una parte es verdad que las sociedades y las culturas contemporáneas están dejando márgenes cada vez más estrechas para relacionarse con el silencio, es también verdad, por otra parte, que se está realizando una conciencia mayor que empuja hacia la recuperación del silencio. El silencio pertenece al hombre como su componente esencial, él es la fuente de su lenguaje, él mismo constituye un lenguaje y se pone como último término de todo hablar. El silencio no sobreviene por el cansancio de hablar o porque se guarda hasta el momento de hablar; él, por el contrario, constituye su ambiente vital<sup>12</sup>.

La dificultad de la relación hombre-silencio no es para exasperar como si fuera un producto no más que de los últimos decenios. Desde siempre el hombre ha tenido temor al silencio y ha buscado huír de él. Pascal, en varias ocasiones, recuerda un contemporáneo suyo que para no pensar en los grandes problemas prefería la cacería<sup>13</sup>. Jung, parece hacer eco a Pascal: "el ruido es bienvenido porque domina la instintiva advertencia de peligro que hay en nosotros. Quien tiene miedo de sí mismo busca compañías ruidosas y ruidos estrepitosos. El ruido infunde un sentido de seguridad, como la multitud, por eso se lo ama. El ruido nos protege de penosas reflexiones, destruye los sueños inquietantes. . . es tan inmediato, tan prepotentemente real que todo lo demás se vuelve un pálido fantasma". Kierkegaard, por último, en un precioso fragmento dice que "el estado actual del mundo, la vida entera está enferma. Si yo fuese médico y alguien me pidiera un consejo, le respondería: crea el silencio, conduce al hombre al silencio".

---

12. R. FISICHELLA, "silenzio", in DTF 1138-1145

13. Se piensa en los expresivos Penseés 194. 168. 171

La falta del silencio aparece hoy más dramática por cuanto ha crecido la conciencia de la presencia de formas inhumanas de vida. El rechazo de los ruidos, la defensa del verde y de la naturaleza en general no son sino el punto de una conciencia crítica más grande que está dentro de nosotros y que el auge del bienestar la ha hecho callar progresivamente.

El hombre de hoy, particularmente el sumergido en las metrópolis está concretamente bajo el fardo de palabras y ruidos vacíos que lo destruyen: ruidos de máquinas, gritos de los transeúntes, desorden de un turismo frenético de masa, prisa para no llegar tarde y por los compromisos asumidos, señales en las calles, publicidad por todas partes, escritos en los muros. . . en una palabra una orgía de ruidos.

Un recuperado sentido de respeto por la naturaleza y la vida en sus diferentes formas, parece extenderse como una mancha de aceite; con todo, este movimiento está destinado al fracaso si no se relaciona de modo fundamental con el silencio.

La creación de espacios de silencio puede permitir un encuentro nuevo consigo mismo y con lo que nos rodea; esta es una condición necesaria para que haya salida del túnel del ruido en que nos encontramos con la consiguiente pérdida de identidad.

La conducta de Jesús de Nazareth, quien, después que sus discípulos habían vuelto del primer trabajo de evangelización, pero que no tenían posibilidad de hablar con él y ni siquiera tiempo para comer por el ir y venir de la multitud, los invitó a ir "aparte, en lugar solitario" para estar junto con él y descansar y conversar con él (Mc 6, 30-32), debería ser tomada en seria consideración sobre todo por el creyente contemporáneo.

No es solo el monje el signo concreto del que ama el silencio. Es típico del hombre maduro, que ha comprendido el valor de la vida, y el deber de abandonar por un instante la palabra y recuperar el silencio. El asumir de nuevo auténticas relaciones interpersonales que superen el escollo del individualismo y un modo renovado de situarse frente a lo real, pasa a través del silencio.

No se pide permanecer en el silencio, pues él debe permanecer siempre como "momento", "espacio" del cual salir para recomenzar la comunicación. En efecto, en el desierto se puede permanecer sólo 40 años

o 40 días, pero jamás el arco entero de la vida, ya que el hombre ha sido creado para estar en relación.

La autoconciencia de una pérdida y de una recuperación del silencio llega a ser una forma de maduración que estará en capacidad de producir una conciencia de pertenencia y de solidaridad mucho más eficaz para un humanismo nuevo más allá de las empalizadas ideológicas o de las diferencias de lenguaje.

El silencio parece constituir así casi aquella zona límite para la recuperación del sentido y del significado de la grandeza del lenguaje humano. Esto aparece más evidente hoy con el multiplicarse y diferenciarse de los lenguajes, entre el humano y el informático que ya es del dominio común. Cuando se haya llegado, dentro de poco, a los computadores de la "quinta generación", esto es, capaces de autoprogramarse, entonces de veras ante la maravilla del lenguaje de la máquina, el hombre estará finalmente en grado de comprender el valor del silencio. En efecto descubrirá que, en todo caso, el lenguaje humano será el único capaz de crear el silencio y darle sentido. La máquina producirá lenguajes y fórmulas, fruto de la precisión y de la inteligencia artificial, pero el hombre producirá todavía *sentido* en cuanto capaz de escoger y pronunciar el silencio.

#### **b. La solidaridad como signo de los tiempos**

Una expresión ulterior de nuestra madurez cultural parece hacerse visible en una acentuada conciencia de solidaridad. De modo particular nuestras culturas inspiradas cristianamente y nutridas de tradiciones profundas, han comprobado como una constante, un compromiso y una sensibilidad, frecuentemente fuera de la norma, frente a los más débiles y a los marginados. Solidaridad que, por lo demás, se revela en los campos más diferentes de la actividad humana.

Fortalecidos por una conciencia cristiana que ha enseñado a ser vigilantes en reconocer el rostro de Cristo en el de los pobres y de los necesitados, se ha formado una mentalidad que de modo casi inconsciente se abre al otro.

Pues bien, las formas de solidaridad, provocadas por la caridad cristiana, parecen llegar a ser una conquista del hombre como tal, que se siente más que nunca como un ciudadano del mundo. El migrar de los

pueblos, el turismo que se abre a nivel internacional, las conquistas en el uso de los medios de comunicación social. . . hacen a cada uno más consciente de lo que se está verificando en las distintas partes de la tierra. En una palabra, crece la conciencia de pertenencia y de participación. Se descubre así que pertenecemos a esta tierra, que es de nuestra participación, aunque pueda parecer absurdo, de la que dependen los cambios radicales que transtornan el curso de la historia.

Frente a formas crecientes de individualismo, sostenidas por una conciencia que da la primacía a la subjetividad, se imponen nuevos signos de colaboración que hacen entrever una vida vivida en comunidad.

En este horizonte toma mayor consistencia el signo de un voluntariado que revela una conciencia capaz de relativizar todo absoluto que no tenga en consideración la dignidad de la persona humana. En una época en que parece que todo puede llegar a ser posible sólo porque se lo compra, se debieran poner signos evidentes de que el amor y la solidaridad no tienen otro precio que la entrega y el sacrificio personal.

¿Qué adquisición mejor se puede desear sino aquella que coloca en el horizonte de la gratuidad lo que determina la vida de cada uno? Una realización plena de por sí pasa inevitable y necesariamente a través de la convicción de no pertenecerse. Lo expresa en términos claros el apóstol Pablo en la carta a los Corintios: “¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y, si lo has recibido, ¿a qué gloriarse cual si no lo hubieras recibido? (I Cor 4, 7).

El voluntariado, en las diversas formas en que se da testimonio de él, invita precisamente al descubrimiento de una experiencia primordial, la de la gratuidad y de la sacralidad del otro. En las expresiones de dolor y de gozo, de promoción cultural y social, la solidaridad revela que cada uno se siente responsable, capaz por lo tanto de mirar con profundidad y de reconocer lo necesario, el verdadero bien del otro.

Si las diferentes formas de egoísmo parecen tomar la delantera, es necesario recuperar positivamente otros tantos testimonios de solidaridad que están en capacidad de aniquilar los anti-signos de una participación responsable en el bien de la humanidad.



## Conclusión

Con la lectura que se ha presentado, los signos de los tiempos pueden ser reconducidos a su núcleo esencial, constituido por el acontecimiento mismo de la revelación: el amor trinitario de Dios. De la forma culminante de este amor, constituida por la muerte del Hijo, brotan otras expresiones y formas de amor, para que el único signo permanezca como normativo, creíble y siempre reconocible.

La atención a los signos de los tiempos es una tarea irrenunciable para la Iglesia y una responsabilidad para cada uno. Con ellos se hace más inmediato el descubrimiento de cuanto de hermoso, bueno y verdadero está presente en nuestra historia y en el mundo que nosotros formamos. Empero para el creyente, ellos expresan un significado ulterior: la presencia permanente de un Dios que, aún después del acontecimiento de la encarnación, prosigue habitando en medio de nosotros y viviendo con nosotros.

Sin embargo, la atención a los signos de los tiempos no puede agotar la tarea de los creyentes en el saber crear nuevos signos a través de los cuales se hace visible la actualidad de la revelación.

Los signos de los tiempos, por tanto, constituyen un reto que la Iglesia lanza al mundo; en efecto, con ellos invita ella a vivir el presente histórico con toda la intensidad que éste posee, aunque sin olvidar que la mirada va siempre orientada hacia el futuro que está delante.

La capacidad de percibir y colocar nuevos signos estará proporcionada a la capacidad de saber hacer revivir para el hoy los tiempos mesiánicos de la presencia de Dios en medio de nosotros. Es la palabra del Señor que invita a esto: "En verdad os digo, el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre" (Jn 14, 12). Para todo creyente, esto implica que no se puede permanecer como espectadores pasivos; la fe es testimonio de un trabajo coherente y continuo que dura toda la vida sin conocer el reposo del sábado.